



MEMORIAS DE UN TIEMPO GRIS

Un burrianense en la División Azul

Manuel Mesado Mañé

Introducción

Tomando como fondo el suceso trágico de la Segunda Guerra Mundial, que conmovió al acaecer a la opinión del mundo entero y que no ha sido olvidado ni podrá serlo nunca, me alisté voluntario a la Escuadrilla Azul, desde la Legión de Voluntarios de la Tercera Región Aérea de Manises, aunque por motivos ajenos a mi voluntad, nos inscribieron junto con mis compañeros de armas, a la División Azul, en Rusia, que durante 1943, pasó a denominarse Legión de Españoles Voluntarios a Rusia.

Para que sea una advertencia a la juventud lo que es la vida durante la guerra, he procurado reconstruir una historia, unos hechos, en los que me vi envuelto y fui preso de una rara inquietud y debilidad que me hacía sentirme en un mundo extraño. Solo, con la vulnerabilidad de mi ser oía continuamente la voz de mi madre, mi único apoyo, llamándome por las noches. Tenía siempre la seguridad de recibir una carta suya a la mañana siguiente. Era un ser muy sensible, soñador, inadaptado a todo y con todo. Mis compañeros empezaron a inquietarse por mi delgadez y por la inexplicable extenuación de mis rasgos. Solo sentía una misteriosa emoción, el fragor de la batalla, en las extensas y blancas estepas rusas luchando contra un enemigo invisible llamado soviético.

(...)

Recordando a un monje del siglo XVI, diré que, este libro está terminado, escuchemos lo que dice el escritor. Muchas gracias.

Hambre, miseria y tribulaciones

Yo continuaba siendo el mismo de siempre, mantenía la esperanza, la ilusión y quizás demasiada ingenuidad. Las cosas no me habían ido demasiado bien que digamos si tenemos en cuenta que hacía nada los chavales de la pandilla y yo habíamos estado acusados de terroristas por matar el tiempo, sólo el tiempo, jugando a la guerra en el Barranco de Nules. Habíamos pasado unos días bien divertidos disparando a los matojos y a los algarrobos con unos fusiles que habíamos encontrado en un polvorín abandonado por las fuerzas del ejército republicano.

De aquel mal sueño salimos gracias a la nunca pagada ayuda de mi madre, Elena y del Padre Armas, un fraile templario. El recuerdo, de todas formas, de aquella equivocación o de aquella lamentable injusticia quedó por siempre impreso en nuestra cajita de Pandora personal.

Y por fin llegó el año 1939 y con él el final de tres miserables años de guerra para todos. La madre y yo volvimos a Borriana, mi cuna, el pueblo donde vivíamos antes de la conflagración, pero aquello ya no era lo mismo, la tragedia había dejado marcadas a demasiadas familias, algunas en paradero desconocido, gente sola llorando por algún muerto, criaturas que vivían con el miedo de ser encarcelados cruelmente en cualquier momento, vecinos que acusaban a los vecinos de ser afectos a la República y eso sí que era lamentable.

Aquel año y el siguiente fueron negros, negros de hambre, negros de miseria, negros de esperanzas rotas y negros de ilusiones perdidas. La madre no acababa nunca de sufrir, antes de la guerra mi padre nos había abandonado a los dos. A él lo habían encarcelado en el campo de concentración de Agles Sumers, en Francia, y nosotros vivíamos en la prisión que suponía aquella vida miserable, sin los mínimos recursos para vivir como personas y con el corazón lleno de tristeza y de impotencia, y para acabar de rematarlo a mí me acusan de practicar pistolero al barranco de Nules. Ella lo soportaba todo como la persona que se ha acostumbrado al sufrimiento y que ya no concibe la vida tranquila y feliz. Ahora, cuando recuerdo ese tiempo, aun me penetra en el corazón flecha de fuego.

Como de todas formas, por muy difícil que resulte de creer, nuestra vitalidad y nuestro optimismo estaba presente en los peores momentos y a pesar de haber pasado tres años refugiados en Valencia, sufriendo toda clase de necesidades, ahora contemplábamos la vida en el pueblo con esperanza.

Yo me buscaba el jornal como podía y de tanto en tanto iba contratado a limpiar acequias al huerto, a trabajar de obrero, a recoger naranja, a hacer agujeros en los pavimentos adoquinados del pueblo para clavar barreras de toros o para construir algún paramento con ocasión de la visita de algún personaje famoso, como cuando Primo de Ribera vino a Borriana. Mis manos,

acostumbradas sólo a acariciar la suavidad de la cara de algunas chicas, aparecían ante mis ojos llagadas de sangre, yo intuía que tenía que cambiar la orientación de mi vida porque aquello era como un barco que va a la deriva y sin rumbo pero hasta que llegara ese momento tenía que resignarme a vivir de aquella manera.

(...)

Un camión de Intendencia llegaba a menudo a cargar pan para el cuartel de Castelló, en aquellos días habían mas soldados, militares y curas que habitantes tenía la población. Cuando el camión se ponía en marcha todos mis amigos y yo nos cogíamos a la parte de detrás e íbamos recogiendo todo el pan que podíamos, que era bien poco porque los correazos que nos soltaban los soldados para que soltásemos la caja del camión eran tan fuertes que nos tocaba abandonar antes de poder tocar la carita áspera del pan. Como mi cabeza y el hambre no paraban de maquinan las más ingeniosas argucias con tal de hacer aquello del hambre un poco más soportable, propuse a mis amigos un plan. Gallindi, Diari, Vicent y Guerola, los más fuertes, armados con unos pinchos que nos habían preparado unos parientes cerrajeros, agachados a la parte trasera del camión, agujerearon las ruedas de goma para que no pudiera emprender la marcha. Mientras tanto Vidal, Salvador y yo cargamos todas las sacas que pudimos llevar al cuello mientras que los soldados bajaban a resolver el problema y ... *busca quien te ha pegado moreno!*. El primer día todo salió muy bien pero a la siguiente vez, porque aquello de poder saborear el pan extra nos resultaba muy dulce para el hambre que había, todo se complicó ya que nos estaban esperando los soldados armados con fusil, a ver quien era el valiente que se acercaba!

La primavera de 1941 nos trajo la noticia de un nuevo frente bélico que avanzaba hacia Rusia en plena Segunda Guerra Mundial, desde la Europa central a consecuencia de la ambición de poder y egolatría de Hitler. Las piedras de Borriana, que habían reflejado la riqueza del pueblo desde la antigüedad, ahora habían perdido parte de su esplendor por las huellas de una injusta guerra entre hermanos y se volvían grises con la noticia primaveral, pero helada como el miedo, de otra guerra que parecía no acabar nunca. Aquello no hacía buena cara. Si antes había sombras espesas de guerra y de posguerra que no nos dejaban ver un futuro venidero, ese que deseamos a la edad de dieciséis años, cuando el cuerpo pide fuerza y más fuerza para mantener firme la vitalidad de adolescente, ahora, por Dios!, volvía otra vez sobre nosotros la misma canción, llevada de la mano de otra guerra mucho más cruenta y expansiva si cabe, que tocaba a su paso casi toda Europa. Aquel tormento daba ganas, y no sin motivos, de rebelión contra todo y sobre todo contra el hombre, ambicioso de poder y falto de sentido común, que encabezaba todo aquello. Era fácil suponer que ahora todo podría ir aún peor, con mas carencias y con mas pobreza. El brillo de los días pasados, cuando

jugábamos libres como el viento con la cara al cielo, acariciado por el sol y por el reflejo del mar, había pasado a ser sólo una quimera.

(...)

Nuevos horizontes

Los pueblos son abstractos, a veces los hombres los hacemos grandes o pequeños, agradables o repelentes. La Guerra Civil nos había marcado mucho a todos y la posguerra había sido la punta afilada que penetraba en nuestra alma cansada. Día a día sentía que la inseguridad de mi madre crecía, la llevaba a flor de piel. Un día ventoso, sentado uno delante del otro y mirándonos fijamente, ella juntó las fuerzas necesarias para decirme cual era la decisión que había tomado y que ya hacía tiempo que le rondaba por la cabeza: había decidido irse del pueblo. Le habían hecho una proposición nada despreciable para estar al frente de una tienda de máquinas de bordar en Castelló. La proposición era temporal, sólo estaba pensada para el tiempo de convalecencia de la titular que estaba enferma, pero le daba la posibilidad de trabajar después desde casa haciendo trabajos relacionados con la misma actividad. Pero la cosa no acababa en aquellas palabras, aquellas previsiones de futuro también me tocaban a mí. Esperando que le dijera que si, me sugirió que yo podría ingresar como voluntario en el ejército para poder seguir la carrera militar, en aquellos momentos, según ella, no lo teníamos del todo difícil para acceder porque conocíamos a un capitán que nos podría ayudar si yo aceptaba. Recuerdo que en ningún momento me obligó a hacerlo, al contrario, me dejó un tiempo para que yo lo pensara. No necesité ese tiempo de reflexión, se me despertó el afán solo cuando lo vi reflejado en los ojos de mi madre. No me pude negar a aquella propuesta porque en realidad también necesitaba salir del pueblo cuanto más rápido mejor; ver otros horizontes y descubrir que había detrás del mas allá de las sombras aunque dejara allí un trozo de mi infancia, la primera luz del día que vieron mis ojos en aquel pueblo. La necesidad nos trasladaba hacia otros hitos, hacia otro lugar, a pesar de no estar demasiado alejado que a nosotros entonces nos parecía desconocido e incierto

(...)

Llovía mucho el día que emprendí el viaje hacia Valencia con tal de visitar al Padre Armas al cual una vez mas tenía que pedir ayuda. Al llegar a la capital justo después de salir de la estación fui por la calle Ribera hasta donde estaba el convento de los frailes templarios, cerca de la Glorieta, con tal de

encontrarme con aquel fraile. Aquel era un lugar de reposo bastante oscuro y helado, como era habitual en los conventos religiosos de aquellos días y las palabras dulces e inteligentes del Padre Armas resonaban con la profundidad espiritual de los lugares sagrados. Todo emocionado me habló, con los ojos brillantes de entusiasmo toda una larga retahíla de buenos presagios y de esplendorosos acontecimientos que tendrían lugar en mi vida una vez ingresara como voluntario en el ejército de las tropas de aviación. En aquellos momentos aquel fraile era el director espiritual del jefe de la Tercera Región Militar del Aire, el Teniente General González de Longoria y Longoria, e imaginando la gran influencia que sobre él tenía aquel frailecillo yo ya me podría imaginar dentro del uniforme azul de solapas abiertas y con botonadura dorada, una guerrera embellecida con las correspondientes alas de aviación y unos pantalones largos bombachos recogidos con unas botas negras de caña, todo al estilo alemán. Como el impacto de un dulce eco, las palabras del Padre Armas me sacaron de los bosques de la imaginación en los cuales me encontraba inmerso en esos momentos. Él también había dejado correr su fantasía, aunque él en voz alta, no paraba de identificarme con los galones de sargento y con la figura de un gran luchador por la patria. Yo en realidad no era en aquellos momentos demasiado consciente de todo lo que se me venía encima si todo aquello se hacía realidad pero estaba convencido que un cambio era lo que necesitaba mi vida y pensaba que aquel podría ser uno bien bueno. De entrada todo aquel mundo no me asustaba porque por desgracia, aunque era jovencito, ya estaba familiarizado con las armas porque la guerra y los años de después, del encuentro de armamento en lugares inusitados, nos había aleccionado a muchos de nuestra edad. Curiosamente odiaba a muerte a los aviones de guerra, los recuerdos mas negros de mi infancia provenían de las bombas que, escondidas en sus gruesos vientres cortando el cielo procedentes de las Baleares, aquellos animalotes de hierro que habíamos bautizado con el nombre de *pavas*, por el terrorífico ruido de su desplazamiento letal, "*Xe, que ja ve la pava!*" eran nuestras palabras de aviso: mas de un muerto vi a mis pies mojado por su propia sangre. Al fin y al cabo yo quería entrar voluntario al ejército de aviación fundamentalmente para arreglar la grave situación en que nos encontrábamos mi madre y yo en aquellos momentos en un pueblo donde éramos casi repudiados, yo por ser hijo de un anarquista y mi madre por haber sido su mujer, pero la cosa aún se complicaba mas porque a mi padre no lo habían podido coger y por tanto no lo habían podido fusilar. Además otro de los grandes motivos era que deseaba tener un plato de comida servido en la mesa con toda normalidad, ir bien vestido, calzarme con zapatos y poder pasearme por mi querida Valencia donde tantos recuerdos había dejado, tantas añoranzas perdurables!

Voluntario en el ejército

Reconozco que tanto mi madre como yo habíamos sido vencidos por la intolerancia. Personas como nosotros, de carne y hueso, utilizaron su maldad, vertieron de palabras encadenadas por la difamación a nuestras personas y no tuvieron la más mínima consideración por unos vencidos sin

lucha y sin oposición a los vencedores, como éramos nosotros dos. La nuestra era una revuelta obstinada, una revuelta de penas y dolores, una historia de silencios en la que solo nos quedaba el gesto y la palabra.

Después de casi un año de agitación lamentable en Borriana, donde la gente, cruel y llena de envidia nada sana, intentaba hacernos la vida imposible siempre porque nunca aceptó que una mujer sola, sin marido, joven y atractiva hubiera conseguido salir adelante con un hijo adolescente. Así las cosas, los dos cimentamos nuestra vida en la capital, en Castelló. Mi madre había encontrado un piso céntrico en la calle Cardona Vives gracias a la ayuda de la marquesa de San Joaquín que tenía un palacio en aquella misma calle. Aquello significó un oasis en nuestras vidas tan cansadas y el camino de un futuro venidero. Recuerdo aquel traslado como toda una aventura de esas que parece que no se acaben nunca y no porque tuviéramos demasiadas cosas que transportar, porque cuando volvimos a casa después de que acabara la guerra, nuestro hogar estaba patas arriba, la encontramos toda registrada, nos habían robado todo lo que habían querido, decían que habían sido los moros de Franco pero yo creo que en aquellos saqueos, manos de todas las etnias habidas y por haber habían intervenido. Pese a todo cuando empezamos a sacar cosas de casa es cuando comprendimos que estaba llena, llena de objetos que quizás no tenían demasiado valor económico pero que estaban cargados de recuerdos. En realidad si que teníamos algunas piezas de valor, algunos objetos como un reloj de oro, del siglo XVI, que había traído mi abuelo materno desde Montecarlo, lo había ganado a la ruleta, hay que decir que el padre de mi madre tenía mucho poder y mucho dinero que se lo jugaba al casino de Montecarlo pero también es cierto que la fortuna que tenía la echó a perder con la buena vida que llevaba. Por suerte algunas de estas piezas continuaban en casa precisamente porque eran muy difíciles de mover. A mi madre todo le parecía de utilidad y no hacía mas que sufrir por el vidrio y por los platos. Una vez mas los contactos de mi madre hicieron posible que un camión de soldados cargara todo lo que teníamos y lo llevara a Castelló. Pasó el tiempo y cuando ya estábamos aposentado, un día del oloroso mayo de 1942, recibí un comunicado desde el ejército que decía así:

En contestación a su instancia de marzo de 1942, solicitando el ingreso voluntario en el Ejército del Aire por el tiempo de tres años en esta Región Militar y vistos todos los requisitos aportados así como los informes favorables como adicto al Régimen, paso a comunicarle que enterado del presente debe usted incorporarse en la 3ª compañía de tropas de aviación en el Aeródromo Militar de Manises, Valencia, en el plazo de 8 días a partir del recibo del presente escrito. Dios guarde a Vd. Muchos años.

Valencia del Cid, a 23 de mayo de 1942.

El Comandante Jefe de la Mayoría Regional

Matías Ballester Orts

Aquel día de mayo no se ha podido borrar de mi memoria, es más, he ido recordándolo cada vez con mas intensidad y aún conservo ahora el regusto amargo y la emoción contenida que me trajeron aquellas novedades. Aquella carta marcaría el final del Manel hundido por el dolor y las penas de una adolescencia marcada por la guerra pero abriría una etapa en la cual yo solo sería un número, sin nombre, en la hilera de cualquier formación militar. Al leer aquel escrito oficial una sonrisa medio de admiración, medio de picardía se nos dibujo a mi madre y a mí pensando en aquel demonio de fraile. Mi madre lo comprendía todo mejor que yo, sabía de qué manera abren las puertas las personas influyentes cuando se les presenta una situación como aquella y ellos están por la faena. Lo más gracioso de todo era que nunca había llegado a cursar ninguna instancia solicitando mi incorporación al Ejército del Aire ni había pedido a ningún organismo oficial los informes de buena conducta ni los que avalaban como afecto al régimen. Todo se lo había trabajado aquel hombrecito, lentamente, como suelen hacerlo los frailes y lo había hecho con un lazo fuerte, tres años de voluntario, que no son dos días, ¡demonio de fraile! Pensé en voz alta que, algún día le tendría que dar las gracias personalmente y mi madre asintió con una sonrisa.

Aquel año voló como un sueño. A partir de aquel día fueron tantos y tan rápidos los acontecimientos que tuvieron lugar en mi vida así como la gente del ambiente militar que conocí que tengo sólo ideas difuminadas pero no intensas. Recuerdo al sargento Soto que parecía muy presuntuoso y arrogante y al sargento Matute que era un pobre hombre. Hay momentos, a pesar de todo, que están guardados en mi memoria con una nitidez cristalina, ya lo creo que los recuerdo! por ejemplo lo primero que hicieron conmigo solo llegar a la compañía correspondiente, después de cargarme con todo el equipo que estaba compuesto por la ropa de paseo, los zapatos, los pantalones, la guerrera, la camisa, los calzoncillos, la ropa de trabajo, llamada simpáticamente *pichi*, es decir, unos pantalones con una especie de tirante desde la parte de detrás dejando ver la camisa azulada, el sombrero que parecía una barca con dos puntas levantadas, fue pelarme al cero. Las lagrimas me resbalaban haciendo un reguero cara abajo. Mi cabello ondulado y castaño oscuro forraba el suelo poco limpio de aquella especie de barbería y la mofa nada disimulada de los que lo presenciaban iba minando mi amor propio. Aquello fue humillante, una de las cosas que más quería y me cuidaba de mi físico, siempre había sido mi pelo, cada uno quiere una cosa de sí mismo y yo quería aquello y además sabía que era la delicia de las muchachas del pueblo porque ellas mismas me lo habían dicho mas de mil veces. De buena gana hubiera cogido el portante y me hubiera ido a casa.

Los primeros meses de preparación fueron horrorosos. Con el fusil siempre como compañero y el correa negro siempre colgado en los hombros, empezaba a probar como era la vida en el ejército. Aquello fue un martirio para mí. Al rematar la instrucción acababa tan rendido que, a pesar de que nos

dejaban dos horas para ir de paseo, yo no tenía ganas de ir a otro sitio que no fuera el catre y eso que yo era de los inquietos!

Manises era un pueblo situado junto al campo de aviación donde estábamos pero a pesar de ello nunca parábamos allí, preferíamos coger el tranvía y, aunque sólo fuera por unos momentos, visitábamos Valencia que recuerdo que se mostraba exuberante a nuestros ojos, llena de gente y llena de tiendas con toda clase de víveres. Ninguna de las muchas ciudades que después conocí por exigencias del destino se puede comparar a la luz y a la vida que emanaba aquella ciudad de la Huerta. La plaza del Caudillo llegaba la vida comercial y artística, los artistas y la gente de la farándula se juntaban en el café Lauria y el Barrachina, el teatro tenía una vida intensísima en el Alcázar y el Apolo y la calle estaba llena de gente que paseaba. Los labradores de la Huerta llegaban allí como hormigas dispuesto a vaciarse los bolsillos de las pocas o muchas pesetas que ganaban en el campo. El dinero circulaba como los ríos y las calles estaban libres de pedigüños, como mucho, había algún que otro ciego que cantaba o recitaba cuentos al lado de una de tantas librerías que menudeábamos y donde se podían encontrar auténticas joyas de segunda mano, libros buenísimos que, si sabías buscarlos, eran tuyos por una miseria.

Poco a poco iba acostumbrándome pero mi cabeza no paraba de pegarle vueltas a las cosas y es que la vida cuartelera me angustiaba. Solo me sentía un poco liberado cuando, de tanto en tanto, éramos destacados a los aeropuertos de Castelló o de Llíria durante un mes. Aquello era otra vida porque se trataba de sitios más pequeños y además porque, en mi caso, disfrutaba de la compañía de mi madre, de la comida casera y del desahogo viril que experimentaba al juntarme con las muchachas del pueblo. De vuelta a Manises volvía la monotonía, el ruido familiar de los *Junkers* panzudos que venían a repostar o a que los mecánicos los repararan mientras que nosotros vigilábamos y procurábamos que todo estuviera en paz, tanto como los había odiado y ahora los tenía a un palmo de las narices! Una vez aterrizó en el campo una fortaleza volante norteamericana que había sido herida de muerte por los alemanes durante el combate en el medio del mar, cuando los aliados, de tanto en tanto, se aventuraban hacia aquí. Nosotros en estas ocasiones, vigilábamos como limpiaban bien todo el aparato y cargaban todo lo que se podía aprovechar.

Un mes de junio bastante caluroso de 1943 fui trasladado al destacamento de Alcoi para hacer vigilancia en la construcción de una hipotética línea de tren que tenía que unir aquel lugar con Alicante pero que había sido parada por la guerra y en la cual había bombas guardadas. Habían agujereado la montaña de San Antonio y los tres túneles que quedaron abandonados fueron aprovechados para hacer un polvorín de bombas de aviación que estaban colocadas unas encima de las otras. Aquellos túneles tenían unos 2'5 Km. de largo por unos 4 m. de ancho y a nosotros nos tocaba vigilar la boca del primero en una miserable barraca de madera donde había diez camas de hierro con dos sábanas por unidad que estaban prácticamente negras a causa de las pulgas muertas que estaban cogidas a los pliegues de la tela y la sangre de los piojos muertos. Ahora puede parecer una cosa asquerosa pero entonces estábamos tan acostumbrados a toda esa miseria

que ya no hacíamos caso. Lo más lamentable de todo ello es que en ningún momento ni el personal sanitario ni ningún cabo, que estaban situados en el último túnel, al lado de la cocina y de la sección, no tuvieron ningún problema por la falta de higiene de aquel miserable lugar. Además era todo un calvario tener que ir dos veces al día a por el rancho y el pan correspondiente atravesando por en medio de los túneles y totalmente a tientas porque no había luz. Llevábamos la caldera colgada por el asa con un hierro largo que cogíamos dos de nosotros, un a cada extremo, dejando la mano derecha libre para poder pegar con un bastón a las bombas que estaban apiladas en las paredes y oír el ruido metálico que nos tenía que llevar por el buen camino, rectos, y sin perder comba. A pesar del hambre que teníamos, a menudo renunciábamos a aquella pesadilla y no íbamos a por la comida; eran las higueras que empezaban a madurar sus frutos y algún que otro albaricoquero los que nos alimentaban. Aquello era peor que los presidiarios que cumplían condena en la Martinica.

Una noche turbulenta en la que sólo se oía retumbar al viento contra las ramas de los árboles, el barracón estaba en silencio y su paz solo estaba rota por ese fuerte viento y por los ronquidos de algunos de mis compañeros que, acurrucados en aquellas miserables camas, dormían profundamente emitiendo unos bramidos como si de rocines inquietos se tratara. Cuando dos o tres pajaritos asustados tomaban el vuelo para buscar su nido, pude detectar en la oscuridad la sombra difusa de un hombre que caminaba sigilosamente por el medio del barracón hasta llegar a la puerta que la fuerza del viento de poniente acababa de cerrar. Aquella puerta no puso resistencia cuando la mano de aquella sombra misteriosa la empujó. Mi corazón empezó a latir con fuerza pero a pesar de todo decidí levantarme del catre y seguir a aquel desconocido que la luz de la luna personificó en un de mis compañeros, que respondía al apellido de Tortosa. Aquel era un muchacho muy singular, era una mezcla de valentía y de ternura poco habitual entre el resto de los compañeros. No sabía muy bien porqué pero siempre me había inspirado confianza aquella persona a pesar de lo raro que parecía, nunca entraba en ninguna conversación conflictiva y siempre se mantenía alejado de nuestros juegos; parecía una persona solitaria pero con buen corazón. Nada mas darse cuenta que lo seguía me pidió con el gesto universal del dedo en los labios que guardara silencio y cuando estuvimos suficientemente cerca para hablarnos sin hacer demasiado ruido me preguntó que donde iba y yo le devolví la misma pregunta. Su respuesta me retó a que lo siguiera si era suficientemente valiente. Caminamos en silencio largo rato siguiendo una sendita que bajaba hasta Alcoi que a esas horas de noche cerrada se mostraba ante nuestros ojos como un hormiguero de luces resplandecientes, solo la noche nos acompañaba por aquel lugar sombreado por las cumbres de las montañas surcadas de pinos y de alcornoques. Nos detuvimos delante de unos grandes albaricoqueros que celosos nos mostraban los redondeados frutos amarillentos como una dulce invitación a nuestros estómagos hambrientos. Tortosa se sacó unos saquitos del bolsillo y me dijo que fuera poniendo los frutos dentro pero sin llenarlos del todo porque aun nos quedaban los higos, la uva y las almendras de mas abajo. A mí los albaricoques me perdían y, como estaba muerto de hambre, no podía parar de comer, siempre acababa con diarrea. Después de bajar un poquito mas abajo con los saquitos llenos de fruta se quedó mirándome todo serio y me

dijo que si estaba preparado para lo bueno. Yo no sabía muy bien que responder porque estábamos a las mismas puertas del cementerio y esas cosas a esas horas a mi no me hacían demasiada gracia. No sé como se las arregló, en la mano llevaba un gancho de hierro con el cual trajinaba la puerta, pero al cabo de un poquito ya teníamos la puerta abierta de la casa de los muertos de Alcoi. Me hizo un gesto con la mano para que lo siguiera y caminando silenciosamente llegamos al lado de un mausoleo majestuoso de mármol blanco que estaba situado en uno de los laterales del cementerio. La luna llena iluminaba aquel lugar tan triste y una higuera frondosa con sus frutos negros y brillantes, algunos abiertos mostrando sus sugestivas carnes rojas surcadas de granos blancos, le daba vida a aquel lugar tan muerto. El Tortosa, aquel demonio de compañero, me señaló el retrato de una joven bellísima que bajo tenía grabado con letras de oro el siguiente epitafio: *Llora por mí porque antes yo he llorado por ti, Isabel*. Aquello me conmovió mucho porque me hizo reflexionar sobre la soledad y el aislamiento que sufría la gente en aquellos tiempos tan difíciles para todos. La triste compañía de un amor imaginario acompañaba a aquel muchacho que, como el mismo decía, estaba mas solo que una rata. Me rogó que le guardara aquel secreto porque mientras nadie conociera todo aquello, él podría continuar disfrutando de todos aquellos frutos nocturnos y de la ilusión de encontrarse con aquella desconocida, pero querida, Isabel. No le importaba que los otros compañeros pensaran que era un loco o una pobre alma en pena mientras él encontraba la felicidad en aquellas salidas nocturnas. Al salir del cementerio, cargados con los saquitos de higos, albaricoques, racimos de uva y almendras, yo me encontraba cansado y a la vez emocionado por todo lo que había pasado por mis ojos, pero aun así había que volver de nuevo hacia el destacamento, por lo menos era lo que yo pensaba. Antes de atravesar la puerta de salida del campo santo, el Tortosa me volvió a sorprender al decirme que continuara yo el camino que el se quedaba un ratito más. Con el pensamiento de que aquel muchacho tenía una auténtica obsesión por estar físicamente cerca de aquella joven muerta, me fui todo preocupado a buscar mi catre de hierro. El camino de vuelta fue largo y tortuoso porque antes me había dejado llevar por aquel muchacho y no me imaginaba que habría de volver solo y también porque no paraba de darle vueltas a la cabeza revisando lo que me había pasado aquella noche. El Tortosa me hizo reflexionar nuevamente sobre la condición humana, me hizo darme cuenta que en un destacamento como el nuestro en el cual todos parecíamos gotitas de agua, en realidad cada uno tenía sus cosas, a veces muy escondidas. Nunca lo volví a ver y aun hoy me pregunto si fue aquel algún espíritu misterioso que me enviaron del mas allá.

Herida grave

En una tarde calurosa de finales del mes de junio de 1943 mientras hacía la guardia a la entrada del primer túnel escuche un tiro que me atravesó el pie izquierdo de parte a parte. El dolor fue intensísimo y permanente y me hizo pensar que aquello no había sido cualquier cosa. Rápidamente acudieron mis compañeros y el cabo y me trasladaron, con el camión que nos traía el pan

desde Alcoi, a la ciudad. En la clínica cuando el médico me hacía la primera cura, fue cuando me di cuenta de lo que me había pasado, había recibido un tiro de fusil desde el terraplén que había un poco mas arriba del túnel, lleno de matojos y árboles. Sin que el médico dijera nada, solo viéndome la herida llena de sangre, que no paraba de salir, comprendí que se trataba de una herida grave. El médico me miraba espantado y en un castellano perfecto, era aquella la lengua que pensaban que había que utilizar en aquellas situaciones, me preguntó si no sentía dolor, porque veía que no me quejaba. Claro que me hacía daño pero quería que aquel hombre continuara trabajando, que acabara pronto y que mi curación fuera también rápida, todo lo quería de prisa en aquellas circunstancias. Como aquello tenía mala cara el médico me puso una inyección de morfina y ordenó que me trasladaran lo mas pronto posible al hospital militar con tal de comprobar de la única manera posible, mediante los rayos X, si la bala había lesionado los huesos del pie. Aquella noche la pasé muy enfermo porque no pudieron trasladarme al Hospital General de Alicante ya que el camión había ido a resolver otros menesteres. Yo pensaba que me moría de dolor y tuvieron que inyectarme otra vez morfina para que me bajara la fiebre que ya comenzaba a ahogarme. Al día siguiente, al despertarme prácticamente al alba, vi el rostro de una monja toda vestida de blanco que me hablaba dulcemente y que me cogía la mano con ternura. En un valenciano típico me preguntó como me encontraba pero no me dejó ni tiempo para contestarle, quiso que continuara descansando. Cuando se fue ella vino a relevarla una enfermera que me gusto desde el primer momento que la vi, toda vestidita de blanco, con cofia también blanca que le confería una belleza angelical a la cara, me hizo una sonrisa sensualísima y por unos momentos pensé que me había muerto y que aquello era el cielo.

Aun acostado en la cama del hospital, herido grave, mi cerebro no paraba de darle vueltas a las cosas. No tenía ni idea porque se había producido aquella lamentable situación. En aquel lugar no me podía quejar de nada porque me tenían muy limpio por fuera y por dentro y la sala era de una pulcritud inmaculada, se podía afirmar que aquellas personas, de la mano de sor Teresa, estaban haciendo día tras día una labor impagable. Me habían puesto un pijama gris que parecía nuevo y no paraban de regalarme sonrisas, me hacía la sensación que había llegado al paraíso y me sentía feliz. Tuve la suerte de caer en las manos de Sor Teresa, que era de Castelló, hermana del propietario del Bar Moderno, situado en la esquina que unía la Plaza de la Independencia y el Paseo Ribalta. Aquella monja se portó muy bien conmigo, se puso en contacto telefónico con mi madre y le informo de una manera muy sutil e inteligente de lo que me había pasado. Lo hizo tan bien que mi madre no llegó a saber nunca que me habían herido grave y no tuvo que viajar a Alicante porque estaba tranquila sabiéndome en las manos de aquella persona. Se habían juntado muchas cosas, le había caído en gracia desde el primer momento y además se dio la circunstancia de que éramos paisanos, de manera que, gracias a ella mi tiempo en el hospital se alargó mas de lo necesario, nadie tenía prisa por darme el alta, ni ella ni los médicos. Sor Teresa mandaba mas que el coronel jefe del hospital, aquella mujer fue mi ángel protector en aquel lugar.

Una mañana se presentó un teniente, un sargento y un soldado con sus carpetas de piel guiados por la enfermera de mis sueños. Yo estaba acostado en la cama y desde allí pude escuchar atentamente sus palabras: *Soy el Teniente Fiscal del Juzgado Militar de la Tercera Región Militar de Aviación, éste es mi ayudante y el escribiente. Venimos para ser informados directamente por usted sobre lo ocurrido en la tarde del 31 de junio pasado, haga el favor de comunicarnos los hechos, soldado.* Yo se lo conté todo tal y como lo recordaba. Ellos entonces todavía no sabían ni quien había disparado contra mí ni el motivo, es más, nunca me informó nadie de lo que había pasado. Antes de irse me comunicaron que sólo me dieran el alta me tendría que incorporar otra vez al destacamento de Alcoi. Aquello no me gustó nada. Enfermé solo de pensarlo porque de ninguna manera quería volver a aquel infierno. Adela, la enfermera de la sonrisa brillante, había presenciado toda la escena desde el otro lado de la habitación y había podido comprobar que mi semblante, a pesar de que estaba moreno intenso, se había quedado demacrado. Se acercó para intentar tranquilizarme con su dulce acento alcoyano y ya lo creo que lo consiguió, note que aquella mujer, con su presencia, empezaba a llenar el vacío interior que me perseguía desde la muerte de Elena.

Pasó un mes y poco a poco, siempre con silla de ruedas guiada por Adela, mi pie ya empezaba a tener fuerza suficiente para mantener mi cuerpo, eso sí, con un bastón. Sor Teresa continuaba haciendo todo lo posible por alargar mi enfermedad y a cambio yo realizaba tareas de monaguillo, ayudaba al cura en la misa y en muchas otras tareas de la iglesia. La iglesia del hospital era muy bonita, todos, tanto los enfermos como los sanos, estaban obligados a ir a oír misa y a escuchar las canciones que las monjas a menudo se inventaban para, quizás, desahogarse cantando y alejar las tentaciones. Recuerdo ahora que yo mismo les escribí una canción religiosa para acompañar a estos actos religiosos que tanto gustaban a las monjas. Estaba escrita, indudablemente, en castellano porque entonces era la única lengua de expresión en lugares oficiales o con extraños. La canción que escribí decía así:

Es el mundo sirena engañosa

que en copa de rosa

no ha de beber

y en llegar a los labios sedientos

se muestran contentos de tanto placer

La canción continuaba con versos de cosecha propia de las monjas con tal de, según ellas decían, no caer en el pecado. Con estas manifestaciones de mi inquietud literaria, que no me ha abandonado ni en los peores momentos de mi vida, me hice famoso en aquella congregación y tanto Sor Teresa como Adela manifestaban abiertamente el orgullo que sentían para tener, como ellas decían, un poeta en la sala.

(...)

Tregua consumida

El mismo mes de julio que en muchos momentos me había hecho muy feliz ahora me traía una noticia desagradable. Sor Teresa me llamó aparte para enseñarme en privado una carta certificada a nombre del Director del Hospital Militar que decía:

Visto el expediente médico que nos remite su departamento sobre el estado físico del soldado de esta Legión Militar del Aire, Manuel Mesado Mañé, herido en un pie a consecuencia de un tiro proveniente de un lugar aún desconocido cuyos autores por el momento están en fase de total esclarecimiento y que según consta en el mismo está totalmente recuperado para el servicio correspondiente, paso a comunicarle que en virtud de la resolución del General Jefe de la Región militar, la situación de hospitalización de dicho soldado no se puede demorar por más tiempo, por lo que le ruego sea dado de alta, según tales informes médicos, lo más pronto posible. Dios guarde a Vd muchos años. Arriba España!

Cuando acabé de leer aquello casi me quedo sin respiración, mis facciones empezaron a reflejar el dolor y la pena por una libertad perdida. Se había acabado la esperanza de no volver a aquel infierno, a las montañas de Alcoi. Sor Teresa me comentó que todo se había realizado sin que ella pudiera hacer nada, se deshizo en justificaciones y con lamentaciones por lo que había pasado, creo que lo sintió mucho. Yo creo que fueron los celos de alguna de las personas hospitalizadas, posiblemente de otro militar con mas graduación que yo que denunció un trato de favor hacia mi persona por parte de sor Teresa y de Adela, además el hecho de desplazarme ya sin bastón para mantenerme de pie y poder caminar cantaba demasiado y despertó conspiraciones.

Una vez mas, y ahora con mucha mas fuerza, Adela se volcó en cuerpo y alma al tema que tanto me atormentaba, hasta me ofreció dinero para poder hacer frente a aquella nueva y desagradable situación. Aquella mujer me quería tanto que a veces me asustaba sobre todo porque yo no podía ofrecerle lo mismo que ella estaba dándome, tanto amor incondicional. A mí me gustaba su cuerpo y su compañía pero no entraba dentro de mis planes nada mas, mi enamoramiento era pasajero, entre otras cosas porque no podía evitar llevar aún en mi corazón a Elena.

Una de aquellas tardes, con el documento de alta médica en la mano, Adela vino a buscarme al hospital dispuesta a poner en funcionamiento un plan

con tal de ayudarme. Estaba convencida de que si hablaba con una persona influyente que ella conocía todo se arreglaría un poco y ya lo creo que era influyente aquella persona, era el mismo capitán del destacamento de Alcoi. Pensó en acompañarme a Alcoi para hablar con aquella persona, a la cual conocía porque la había asistido en alguna ocasión en el hospital y porque, además, ella era muy amiga de su mujer. Todas aquellas circunstancias habían de servirme, según decía ella, para no volver de momento al destacamento de Alcoi. Había que pedirle unos días de permiso con tal de recuperarme totalmente de la herida en mi casa, con las atenciones de mi madre.

Me despedí afectuosamente de todos los del hospital porque había llegado a hacer buenos amigos en aquel lugar donde, el hecho de encontrarnos todos con alguna enfermedad nos hacía ser muy solidarios, aunque siempre hay excepciones. Pasamos la noche en casa de Adela, que vivía con su madre viuda, para estar a primera hora preparados para coger el tren que nos tenía que llevar a Alcoi donde vivía el capitán de aquel horrible destacamento.

(...)

El tren entraba en la estación de Alcoi después de poco más de una hora que habíamos salido de Alicante, a nuestros pies teníamos una ciudad preciosa y muy industrial, asentada a los pies de la sierra de Mariola, entonces debería tener unos cuarenta y cinco mil habitantes. Al salir de la estación enfilamos por una calle muy empinada y estrecha, lleno de tiendas y con bastante movimiento de gente que iba arriba y abajo, hasta llegar a la plaza del Ayuntamiento de donde nacía una pequeña calle que nos condujo a la misma puerta de la casa donde vivía el capitán Bonet, jefe de mi destacamento y a quien yo a lo largo de los meses que permanecí allí no había visto nunca. Mi corazón desaforado, me hacía sentir con fuerza sus propios latidos. Le pregunté a Adela, si estaba segura de lo que iba a hacer, y sonriéndome, me contestó que la dejara a su aire, como si eso fuera querer y poder. La mujer del capitán nos recibió muy bien, especialmente a Adela con la cual parecía que tuviera la mejor amistad del mundo. Adela la puso al corriente del motivo de nuestra visita cuando ya estábamos los tres sentados en una pequeña habitación delante de unas almendras caramelizadas de Alcoi y un vasito de vino dulce. Aquella mujer me recordó, por su particular gesto y por su hablar dulce, a mi querida Elena que había dejado enterrada en Valencia junto con mi corazón. Las miradas fijas que le dirigía a Adela me hicieron sospechar que entre aquellas dos mujeres, muy diferentes entre ellas, hay que decir, había o había habido alguna cosa más que una ingenua amistad. Estuvimos charlando durante un ratito hasta que Isabel, que así se llamaba la mujer, nos dijo que su marido estaba en una reunión del Ayuntamiento y que no volvería a casa hasta las dos de la tarde. Así las cosas, decidimos ir a hacer unas compras para Adela al centro de la ciudad, que he de decir que a pesar de que se veía mucho movimiento por las calles, muchas personas arriba y abajo, me pareció con menos vida que la Borriana de entonces, que era de una riqueza cultural y

económica que nada tiene a ver con el presente. Así, de tienda en tienda y de calle en calle matamos el tiempo que faltaba hasta la hora de encontrar a aquel hombre en casa.

Despedida dolorosa

Después de hacernos un aperitivo, que hay que decir que pagó ella y eso si que era poco habitual en aquel tiempo, nos encaminamos hacia la casa del capitán Bonet. Solo el caminar de Adela, sinuoso y provocativo, ya llamaba la atención de los hombres y he de reconocer que eso no me gustaba. Era contrario a las exhibiciones gratuitas.

La herida del pie ya se había cicatrizado pero de cuando en cuando me venía un dolor que me llegaba al corazón. Eran las botas de media caña que llevaba las que hacían más intenso aquel malestar, pero había que seguir las normas y vestir como tocaba y más en aquellas circunstancias en que iba a pedir un favor. Aquello de la herida requería tiempo y buenos alimentos como se solía decir. Ya me lo habían avisado en el hospital y aquel día, tanto trajinar arriba y abajo, me había perjudicado bastante.

Cuando llegamos de nuevo al domicilio del capitán él nos recibió de manera informal, con un batín de estar por casa. Yo me puse firme y le hice el saludo militar de rigor; con estos militares había que guardar las formas más estrictas hasta en la cotidianidad porque en el fondo les encantaba. Él, muy serio y sin una palabra amable, me dijo que la señorita Adela ya había informado antes a su esposa de mis pretensiones y teniendo en consideración la fuerte amistad que la unía con su esposa se saltaría todas las cuestiones reglamentarias y me concedería un permiso de unos dos o tres días para ir a ver a mi madre y dejar que ella me cuidara un poco pero que después me tendría que incorporar al destacamento. Sus serias palabras acabaron pidiéndome un teléfono de contacto y Adela, que en ese momento salía de las habitaciones interiores de la casa acompañada de Isabel, solo al oír la demanda le dio su propio número de teléfono.

(...)

Cuando el tren correo que iba hacia Barcelona se detuvo en Castelló, la sonrisa y las lágrimas de mi madre me esperaban al salir del vagón. Había pasado la hoja de aquel libro pero tenía el corazón roto.

Al hogar

(...)

Recuerdo que entonces a mí por estar en el ejército me pagaban diez pesetas cada diez días, después de alimentarnos, de vestirnos, de calzarnos y de darnos dos paquetes de tabaco. De todas formas si no teníamos, fumábamos cualquier cosa, por ejemplo, era muy habitual fumar tronquitos de morera, que tenían un agujerito y podíamos aspirar el humo. Un sargento profesional ganaba entonces 450 pesetas al mes mientras que los amigos del régimen, los busca razones que se escondían baja la capa de los defensores del pueblo, iban haciéndose ricos.

(...)

Con las manos vacías

(...)

Después de largas horas de tren en vagones llenos de gente ruidosa, de constantes paradas por cualquier motivo que ni tan solo nos planteábamos de tan seguidas que eran y de un largo rato esperando la siguiente combinación en dirección Valencia, llegamos bien entrada la noche a la estación de Castellón. Atravesamos el Paseo Ribalta a media luz y la media oscuridad que quedaba nos asustaba porque le daba un ángulo terrorífico a los insignificantes movimientos de los árboles gigantes, pero, no nos equivoquemos, la realidad era que llevábamos el miedo en nuestro interior, habíamos aprendido muy bien la lección de la época que decía que cuando se hacía de noche había que estar en casa y que nadie pintaba nada a esas horas por las calles. Cuando llegamos a casa estábamos exhaustos porque el viaje casi había resultado una pesadilla. Mucha gente de mi época aun asocia los viajes con el sufrimiento precisamente porque en aquellos días las incomodidades y las necesidades para la gente trabajadora eran tantas que cuando lo probaban, eso de viajar, se quedaban bien hartos y sin muchas ganas de repetir. Mi madre se acostó enseguida y yo no tardé nada porque, tuviera sueño o no, tenía que descansar un poco para emprender viaje a día siguiente hacia Valencia, a la Comandancia, donde esperaban que me presentara.

Llegó la hora y me presenté al capitán de la Comandancia de Aviación como era preceptivo. Unos momentos después me percaté de un grupo de

soldados que se inscribían como voluntarios a la División Azul, para ir a luchar al frente de Rusia. El oficial que se encargaba de las inscripciones me miró sonriente y me ofreció la pluma para que firmara al pie de un documento oficial y pusiera mi nombre y el resto de mis datos. Durante unos segundos me abracé con desespero a la vida que conocía, aunque no me gustaba nada, huyendo de caer en el abismo de lo desconocido, pero, rápidamente y sin demasiadas reflexiones, me decanté por aquel camino de la División Azul, aun hoy en día no sé que se me pasó por la cabeza para decidirme. Había escogido libremente irme a un lugar desconocido donde muchos españoles jóvenes lo estaban pasando muy mal, pero yo quizás era un idealista.

Corría el año 1943 y a esas alturas, prácticamente al final de aquel lamentable y trágico drama mundial, a los que mandaban, les era muy difícil encontrar voluntarios para alimentar lo que faltaba, se había acabado la carne de cañón y querían hacer ver que aun había sangre española dispuesta a regar los campos de lucha allá, en las estepas surcadas de nieve de la vieja Rusia. Con un buen puñado de pesetas a los bolsillos, porque nos habían abonado la bonificación reglamentaria asignada a todo aquel que iba a luchar, como voluntario, contra el comunismo ruso, todos juntos nos fuimos al Barrio Chino donde estaban las prostitutas de Valencia. Yo me dejaba conducir como si de un autómatas se tratara, deseaba dejar muy atrás todo lo que hasta ese momento había significado hundirme en cuerpo y alma delante de un futuro incierto, quería olvidarme de todo y mirar hacia una nueva vida. Recuerdo que entramos en un local no demasiado grande y a los pocos minutos se me acercó una mujer muy atractiva, con la cara exageradamente embadurnada de pintura y con una camisola negra que con bastante esfuerzo no conseguía cubrir ni las piernas ni los pechos. Era una chica apetecible pero que, curiosamente, venía dispuesta a hablar conmigo y no a ir directamente a la cama. Me dio un fuerte abrazo y con mucha naturalidad me deseó mucha suerte en la nueva situación que estaba a punto de vivir, aquello me conmovió mucho porque no comprendía los motivos de tanta emoción procedente de una persona extraña. Ahora comprendo que ella sabría demasiado, quizás por circunstancia familiares o sentimentales parecidas a la mía, que me iba a un infierno. Aún hoy me estremezco al recordar el gesto de aquella mujer.

Al día siguiente a las seis de la mañana, teníamos que coger el tren hacia Logroño y nos dirigiríamos al cuartel de Bailén, al 22 Batallón en Marcha. Ese era el lugar que aglutinaría al resto de voluntarios de la Gloriosa División Azul.

Rusia

El sol iba perdiendo su fuerza impenitente, se consumía el mes de septiembre de 1943. Llegamos a Logroño muy cansados porque el viaje en un tren incomodísimo de asientos de madera, había durado días. Una vez en el cuartel nos dieron el rancho para cenar y poco después oímos el toque de trompeta que obligaba a todos a acostarse y que abría las puertas al silencio

total. Teníamos que dormir hasta las seis y media de la mañana y a continuación teníamos que formar para hacer la instrucción, cargador con un pesado fusil Mauser. Antes de ese martirio de la instrucción desayunábamos, nos tragábamos aprisa un plato de café con leche, aquel era un plato de aluminio que gastábamos para desayunar, para comer y para cenar y que iba arriba y abajo todo lleno de bultos o enganchado al cinturón del pantalón. Al grupo de jóvenes que veníamos desde Valencia nos vistieron con el uniforme de infantería, nos asignaron un fusil, una plato de lata, una cuchara y una manta para cubrir el colchón de paja donde dormíamos. Es difícil de explicar como me encontraba en aquellos momentos, empezaba a sospechar que acababa de salir de un abismo y me disponía a penetrar en otro mucho mas cruento y eso que, inocente de mí, no sabía el fuerte sufrimiento que me esperaba y que aún no había empezado. Es cierto que me lo había buscado todo yo pero es que iba a la búsqueda de una luz en mi oscuro horizonte, era un caminante solitario de mi tiempo, como tantos otros, que no encontraba un camino llano.

Aquel era el 22 Batallón en Marcha, organizado y encabezado por el Comandante Castillo, proveniente de la Legión Española de África, como casi todos los que formaban la unidad quitando el grupo de jóvenes provenientes del Ejército de Aire que se había incorporado en Valencia, como era mi caso. Entonces el jefe de la División era el General Esteban Infantes que nos recibió a la llegada a Vialenco, ya en Rusia, después de pasar un par de días en tren atravesando Francia, Alemania y parte de la frontera rusa. Corría el mes de noviembre de 1943 y el frío que hacía era tal que si te entretenías un poco te quedabas congelado en cualquier rincón, en aquel momento me di cuenta de la locura en la cual me había enrolado pero en aquellos momentos no tenía mas remedio que afrontar la situación. Entre el 19 de diciembre de 1942, cuando Esteban Infantes cogió el mando de la División, hasta julio de 1943, poco antes de llegar nosotros para apoyar a la unidad, las bajas motivadas bien por las luchas, bien por los bombardeos o bien por otros motivos como la climatología o las enfermedades, eran de 2.151 muertos, mas de 3.400 heridos y 1.980 enfermos. Recuerdo perfectamente que el 9 de diciembre, con un frío que pelaba, mientras orinaba cara a un mar de nieve, el orín se congeló completamente, de manera que desde la bragueta hasta mis pies se podía romper el arco de hielo que se había formado. Un gracioso que pasaba en aquellos momentos por mi lado me dijo, echando mano a las escasas reservas de buen humor que nos quedaban viviendo aquella situación tan horrible, que si tenía una fabrica de hielo en mi interior.

Mi madre estaba al corriente de todo o casi de todo lo que me sucedía gracias a que nuestro intercambio epistolar no se paró nunca. Cuando sus cartas llegaban a mis manos yo no podía dar crédito a lo que veía porque me parecía todo un milagro que en aquellas circunstancias tan irregulares sus letras consiguieran hacer todo el camino hasta mí. En realidad en mis cartas no lo contaba todo porque no quería incrementar su sufrimiento pero ella era muy astuta y solo con una sola palabra mía ya tenía bastante para saber lo que estaba sucediendo, como por ejemplo lo que pasó aquel día. Un mes después de llegar a aquellas tierras tubo lugar un hecho salvaje que mi mente se obstina a esconder al interior de mis entrañas por el sufrimiento tan inmenso que me

provocó y que no he podido perdonar nunca en la vida. Como ya venía siendo habitual aquella noche éramos diez o quince personas en cada tienda de campaña pero el azar, el destino cruel o simplemente la mala suerte quiso enviar a unos a hacer la guardia y a otros a hacer sus necesidades y dejarme todo en la tienda con un sargento y un cabo de primera que eran legionarios andaluces, de Melilla y con otro soldado que no estaba demasiado bien de la cabeza. En el más absoluto silencio y en la más desafortunada comunicación aquellos dos desagradables individuos demostraron con sus sórdidos actos que tipo de personas eran. Yo lloré por dentro y por fuera de rabia contenida y de impotencia mientras observaba la mirada impasible, los labios sellados y las manos quietas de aquel soldado medio tontaina que no hizo absolutamente nada para defenderme. Después de todo aquel lamentable episodio tuve que aprender a vivir con un peso más en aquella horrible situación de guerra, el de saber que no podía decir ni una palabra porque estaba amenazado de muerte por aquellos dos legionarios que, misteriosamente y afortunadamente para mí, a los pocos días desaparecieron de aquel lugar y que por suerte no volví a saber nada mas de ellos.

En aquellas divisiones españolas había gente de toda clase pero lo que mas abundaba eran los llamados legionarios que se solían caracterizar por ser muy hombres muy "*machotes*", echados para adelante, pero que en realidad eran unos desarraigados de la vida, unos delincuentes hablando pronto y claro, que tenían muy poco a perder porque provenían de ambientes muy desestructurados y muy marginales como las cárceles. Una muestra de lo que eran capaces aquella gente y del poder que tenían la comprobamos todos los integrantes de la división el primer día, solo llegar a Rusia, cuando le robaron la cartera al mismo Comandante Castillo. La reacción del general pretendía ser aleccionador pero solo consiguió establecer las bases desde el primer día y dejar bien claras las diferencias que había entre ellos y el resto de soldados, los privilegios de los que habían de disfrutar y la obediencia tácita que todos estábamos obligados a rendirles. El Comandante Castillo les ordenó que mañana a la misma hora, como mucho, tenía que aparecer la cartera dentro de su gorra, que en aquellos momentos colocaba encima de una mesita. Pasó aquel día y muchos mas y no apareció nada y lo más lamentable de todo es que no se volvió a hablar del tema de la gorra ni de la cartera desaparecida ni de nada relacionado con aquel tema. Aquel hecho nos dejó claro a todos que calidad de gente eran aquellos legionarios.

Cuando el día despuntaba lentamente y la tienda de campaña en la que dormíamos quince compañeros y yo estaba toda cubierta de nieve y formaba una alfombra blanca sobre el terreno irregular, solíamos encender el fuego para combatir el frío pero este nunca acababa de triunfar y aun nos hacía notar mas el contraste de temperatura. Aquella guerra no tenía sentido, como todas, y la situación era cada vez más desoladora y más estéril porque lo teníamos ya todo perdido y esta sensación de derrota se hacía del todo evidente cuando de tanto en tanto se oían las voces lejanas que nos llegaban desde los altavoces soviéticos, manipulados por los desertores españoles, difundiendo largos comunicados que nos invitaban a abandonar. Muchos jóvenes, divisionarios como yo, nos dejamos llevar por la continuada propaganda que se hacía aconsejando a todo el mundo a pasarse al frente

ruso y al final no solo cambiaron de enemigo sino que cuando todo acabó, cuando la guerra llegó a su fin, establecieron su vida en Rusia, se casaron, tuvieron hijos y arraizaron en aquellas tierras. Lo que es la vida!, otros, como es mi caso, solo pensábamos en huir de aquel lugar, en irnos y no volver nunca más. Algunas veces, minutos después de que los altavoces nos hicieran llegar esos parlamentos, empezaban a dispararnos desde lugares ocultos con las ametralladoras y nos veíamos obligados a salvaguardarnos en la hilera de protección y a disparar a ciegas hacia donde oíamos ruido de los tiros.

Debían ser las siete de la mañana cuando de repente todo el campamento se vio sorprendido por un bombardeo fortísimo que produjo que todo el suelo comenzara a moverse y que unas horribles bocas de fuego se derramaran sobre nosotros. Aquel espantoso ataque pilló desprevenido a un sargento y le arrancó la cabeza y un brazo, fue un escenario dantesco del que yo pude salir sano y salvo pero que me causó un dolor psicológico muy fuerte, fuera de toda comprensión y del cual estuve bastante tiempo para medio recuperarme. Aun hoy, al recordarlo, me rompo por dentro en mil pedazos. Aquel pobre hombre, una de las víctimas de aquella carnicería, llevaba mas de veinte años al servicio del Ejército Español y su tumba fue una mas de las que surcaron aquellas tierras desconocidas para nosotros y que, en realidad, no nos habían hecho nada. Hubo bastantes muertos, yo no paraba de palparme todo el cuerpo para ver si alguna bala o metralla me había herido y mis ojos no dejaban de contemplar aterrados como los soldados corrían asustados, sin ánimo, recuerdo ahora, con un temblor de rabia, la imagen macabra de un cuerpo sin cabeza que rebotaba contra el suelo como si de un títere se tratara. Las baterías españolas respondían como podían pero la situación era del todo ridícula porque entonces entre nuestra artillería y la de los rusos la inferioridad era del todo patente, tanto era así que lo que quedaba de mi compañía se había convertido, las circunstancias a eso obligaban, una insistente procesión hacia los heridos, mas que soldados nos habíamos convertido enterradores de nuestros mismos compañeros. Ahora comprendo cuanta verdad esconden las palabras de Maquiavelo al decir "*Quién ayuda a otro para que sea fuerte, siempre acaba mal*" cuanta razón tenía este político italiano porque, ya lo creo, ya que acabamos mal. Todos, generales como Muñoz Grande y muchos otros, no eran partidarios de retirar la tan cantada División Azul, que después cogió el nombre de Legión de Voluntarios Españoles en Rusia, hasta que, en virtud de lo que ellos decían, fuera necesaria su presencia en el Frente Oriental.

Lo que quedaba de la legión donde yo estaba participando como divisionario empezó a abrirse camino entre los partisanos, con innumerables dificultades, por Orodesh, de manera que, cansados, hambrientos y destrozados en cuerpo y alma, llegamos a Luga y allí nos juntamos como hermanos con el XXVI cuerpo del ejército del General Grasser que había llegado allí huyendo de los soviéticos que los tenían prácticamente en los talones desde el lago Ladoga. Aquello era ya el final de lo que quedaba de aquella imponente fuerza militar, centenares de desertores, con las armas en la mano, se quedaron por el camino. Entonces nos ordenaron que entregásemos todas las armas pesadas como vehículos o caballerías para coger el tren hacia Estonia y Lituania. Mientras tanto la artillería no paraba en ningún sitio y continuamente nuestros ojos contemplaban con horror las luces de la muerte

que mediante bombas y otras herramientas destructivas iluminaban lugares bien cercanos. Tuve la mala o buena suerte, nunca se sabe, que una bomba explotara muy cerca de mí y note como una garra ardiente me quemaba la carne. Mi conocimiento se perdió y después me desperté en el hospital Militar de Riga. Una bella enfermera de ojos penetrantes y de mirada ardiente me susurró al oído, con un singular castellano. "Manuel, esto no es para ti. Adáptate o desaparece." Todo era muy extraño. Recordaba aquel tenebroso hecho ocurrido en el Barranco de Nules después de mi llegada del éxodo en mi adolescencia durante la guerra civil, hecho descrito en la primera parte de mis memorias tituladas MEMORIAS DE UN NIÑO DE LA GUERRA. Aquella enfermera letona se encargaba de curarme las heridas con mucha delicadeza. Pronto noté, porque a mí esas señales tan bonitas y misteriosas que las mujeres hacían al mostrar interés por mi persona no se me escapaban nunca, que aquella joven de apariencia fría pero de atractivo incuestionable quería alguna cosa conmigo y yo, evidentemente, bien caballeroso, no estaba dispuesto a negarle nada. Fue bonito y necesario aquel paréntesis, aquella tregua en el horror que estaba viviendo. Un día que ella estaba libre de todo compromiso profesional, aprovechando que ya estaba prácticamente recuperado, dimos una vuelta por la vieja ciudad de Riga, paseamos lentamente observando los viejos edificios que surcaban aquella ciudad y desde un lugar privilegiado pude contemplar embelesado la inmensidad de aquella bahía que llegaba hasta la lejana Finlandia. El descomunal puerto estaba ahora lleno de toda clase de barcos de guerra que entonces daban la impresión de guardar en su interior la rabia contenida de verse varados sin poder mostrar su inmenso poder. Ella iba explicándome, como si de una guía turística se tratara, todos los detalles de lo que desde allí podíamos divisar como la ciudad de Leningrado, un poco mas hacia allá, situada en la orilla del golfo de Finlandia, prácticamente en la misma desembocadura del río Neva. Sus explicaciones eran muy apasionadas y de sus palabras y de su tono pude deducir que estaba a favor de Hitler. Al llegar a su piso aquella muchacha empezó a quitarse la ropa con muchísima sensualidad hasta que se desnudó del todo, ella decía que era una costumbre que tenía y que siempre que entraba lo hacía, yo, evidentemente, no estaba muy acostumbrado a que las mujeres actuaran con esa naturalidad ante su cuerpo desnudo y, además, en aquellos momentos hacía bastante tiempo que no veía una mujer ni tan solo vestida, así que no pude evitar entrar en una excitación incontrolable. Daba la impresión que aquella mujer se entregaba a mis brazos como si en aquel dulce momento cribara algún misterioso dolor mas que del cuerpo del ánima. Desde que la había oído hablar en la bahía, con esa fuerza locuaz bajo la brisa del mar, había recordado a Elena, mi gran amor.

Al día siguiente el director del hospital, el Coronel Castroviejo, me encargó un trabajo especial que ahora creo que no solo me salvó la vida sino que me alejo de muchos sufrimientos de los cuales muchos compañeros míos no pudieron escapar. Me comunicó que tenía que hacer llegar al Mariscal Goering una carta personal, a poder ser en mano. Par tal efecto me entrego un salvoconducto hasta Berlín y me insinuó que quizás allí me podrían hacer el pasaporte para volver a España. Enseguida percibí la larga mano de mi madre que no paraba con tal de volver a tenerme en el hogar. Ella sabía en el problema que me había metido, sabía que estaba sufriendo y tenía miedo que,

como pasaba a muchísimos como yo, me mataran y no volviera a verme nunca más, ni vivo ni muerto, así que desde el primer momento que me enrolé en aquella peligrosa aventura ella ya estaba intentando devolverme a Castellón. Contacto con un médico de Burriana que le informó que en Logroño vivían las hijas del doctor Castroviejo y la puso al día de quién era aquel médico y que influencias tenía. No se lo pensó ni un momento y se fue a visitar a aquellas chicas y de aquel viaje salió mi salvación

Yo no entendía nada, estaba nervioso por aquella operación tan arriesgada, el peligro radicaba en que el mariscal Goering no era cualquier persona, era una de las figuras más importantes del régimen nazi, y yo era en aquellos momentos una criatura sumamente debilitada por la presión constante a la que solía estar sometido y por las carencias de todo tipo que estaba sufriendo en aquel lugar, extraño para mí, en el cual ni hablaba aquella lengua, que yo consideraba tan complicada, ni comprendía demasiado bien ni las costumbres de la gente así como todas las normas del régimen. La realidad era que los dirigentes estaban viviendo unas circunstancias en las que ya no se fiaban unos de los otros y los teléfonos eran peligrosos porque podían estar intervenidos, por eso echaban mano a soluciones más artesanales, no carentes de riesgo según mi parecer, como enviar a un idealista atrevido como yo.

El regreso

El cielo se derramaba tenuemente sobre la martirizada tierra rusa y sobre la cercana bahía de Riga caía una lluvia como las lágrimas salidas desde el fondo de un alma cansada por tanto sufrimiento, como si aquel agua intentara lavar la sangre que ensuciaba la tierra y las conciencias.

Aprovechando el hecho de que un camión cargado de provisiones y soldados alemanes salía hacia el frente de batalla, me coloqué escondido, de la mejor manera que pude, medio acostado encima de todo el material, al lado de dos españoles que iban a incorporarse a la Legión Española después de haber estado un tiempo en el hospital de Riga curándose de tifus. Yo iba poniendo tierra por medio con la intención de alejarme lo mas pronto posible de aquel agujero. A medida que hablaba con aquellos compañeros españoles iba enterándome poco a poco de cómo estaba en aquellos momentos la situación. Según decían ellos los soviéticos habían anunciado a los españoles del otro lado, mediante los altavoces de las trincheras, que Italia se había rendido al ejército aliado. Uno de los dos españoles parecía estar mucho más al día de todo lo que estaba pasando que el otro, de hecho, se saco un diario de Estocolmo de debajo del abrigo que anunciaba la próxima retirada de la División Azul. El 25 Batallón en marcha, tres mas después del mío, había llegado desde España para ir a apoyar a la 250 División al frente de Leningrado, cerca de la reserva de retaguardia de Oranienburg y nuestra sensación al leer, o medio interpretar aquella lengua escrita, era casi de desesperación porque veíamos absurdo que continuaran llegando jóvenes españoles a defender una causa perdida. Aquel muchacho decía, medio triste

medio contento, que aquello se acababa y que pronto nos veríamos en España, parecía un aventurero al que no esperaba nadie en ningún lugar.

Al cruce de Katvvia aquellos dos muchachos continuaron el viaje hacia el interior de Rusia y yo tomé un tren lleno de soldados hacia Gdansk. Mi mirada se perdía por aquellas llanuras de nieve que parecían no acabarse nunca, solo estaba rota aquella alfombra blanca por algunos trozos de tierra grisácea y húmeda, surcada muchas veces por la tonalidad de la albahaca de hoja mayor. Hacía dos días que sólo había comido un trozo de pan negro y duro que un soldado alemán me había alargado al percatarse de mi lamentable estado. Había huido asustado de la muerte allá en el frente de batalla y ahora me encontraba en un lugar y unas circunstancias en que la muerte no dejaba de rondarme con el hambre y el desfallecimiento por bandera. Llegué a Berlín cuando debían ser las nueve de la mañana de un día en el que el agua caía con fuerza cubriendo las grandes calles de lagos que reflejaban un cielo grisáceo. En una plaza llamada Wilhelmplatz un hombre que arrastraba un carro lleno de cajas de cartón, que contenían muchos paquetes de tabaco, se compadeció de mí, fue en aquel momento cuando vi claramente que estaba tocando fondo, el hecho de que un hombre muy pobre sintiera pena por mí era muy significativo. La verdad es que mi aspecto era del todo lamentable, iba con un abrigo viejo, mojado y roto por la parte de detrás y mi semblante era tan hambriento que parecía que estaba a punto de caerme desmayado y en realidad así era, ya no podía más! La plaza estaba llena de gente, había muchos soldados perfectamente uniformados y, evidentemente, mi aspecto marcaba un hito en aquel lugar. De la manera que pude, porque no sabía ni una palabra de alemán y él no sabía ni una de español, pedí ayuda a aquel hombre, el cual me preguntó si era *spanis*. Como esa palabra si que la conocía, esperanzado, le dije que si, a continuación me hizo sentarme a su lado y me dio la mitad del bocadillo que estaba a punto de comerse. En ese preciso instante fui capaz de valorar la dimensión humana de aquel pobre hombre. Tenemos por costumbre olvidarnos de la soledad y del sufrimiento de los otros pero hemos de recordar que una sonrisa y un poco de ayuda no cuestan tanto y dicen mucho de nuestra persona. Yo no he olvidado aun el gesto de aquel pobre hombre, menos pobre que yo en aquellos momentos!

Ya se había parado la lluvia cuando, gracias al hombre del carro las indicaciones verbales del cual me costó Dios y ayuda entender, empecé a buscar la vicescancillería, que recibía el nombre de palacio de Goering. Estaba ubicada en la Leipzigerplatz y unas rejas metálicas altísimas protegían el precioso jardín del Ministerio del Aire el titular del cual era Goering. En la misma puerta había dos centinelas enfundados en largos gabanes con los distintivos de las S.S. rodeándoles los brazos y fuertemente armados con los fusiles ametralladores. Eran lo mejorcito del ejército alemán, el mismo Hitler los consideraba la elite de la elite. Solo en aquellos instantes, cuando me encontraba delante de ellos, comprendí el poder y el respeto que ofrecían a todos con la severidad y la arrogancia de sus gestos. Yo, por descontado, estaba dentro de ese grupo de los asustados. Me sentía en aquellos momentos la persona más diminuta del universo con aquella miserable ropa y aquel aspecto de soldado hambriento; así y todo, no sabía muy bien como, pero tenía clarísimo que tenía que entrar en aquel fastuoso palacio y entregar a Goering la

carta personal del médico Castroviejo porque aquel papel era mi valioso salvoconducto para poder atravesar Alemania y Francia y conseguir llegar a España. No podía cambiar de pensamiento e irme, que era en realidad lo que me pedía una parte de mí, pero no sabía como hacerlo para que los centinelas y el grupo de agentes, con el uniforme negro, calzados con botas de montar, también negras, hasta las rodillas y mostrando las grandes pistolas automáticas colgadas a los cinturones, me horrorizaban. Cualquiera se acercaba un poco más a la gran portada del edificio!. Me armé de valor y rápidamente me quité el abrigo roto que llevaba, lo doblé y me lo puse en el brazo y, helado de frío, me quedé con el uniforme de paseo de los soldados de la Legión de Voluntarios Españoles en Rusia que, afortunadamente, aun estaba medianamente bien. Llevaba el escudo de la bandera española en la manga de la guerrera, en la parte derecha del pecho el águila con las alas extendidas y, en el medio, la cruz gamada de Hitler. Dos hileras de cintas rojas mostraban mi comportamiento heroico en el campo de batalla así como las dos veces que había sido herido, aunque en realidad a mi solo me correspondía una cinta pero eso fue cosa de la enfermera letona que consideró que la herida que tenía valía por dos y que otras personas las llevaban sin haber visto el frente de batalla ni en fotografía.

Decidido, avancé unos pasos hasta la puerta y en ese momento un cabo me impidió el paso, yo lo saludé militarmente y él, después de devolverme el saludo, me señaló la calle chillando en un alemán indescifrable para mí. De repente, como caídas del cielo, oí una palabra en valenciano que rebotaron entre aquellos muros de la fachada del palacio y que hicieron palpar mi corazón. Apresurado, venía hacia mi otro cabo de las S.S. con los brazos abierto y ofreciéndome su pecho, yo no daba crédito a mis ojos! Me llamó por mi nombre y me preguntó que qué hacía yo por allí y yo, que pensaba exactamente lo mismo que él, no pude emitir ni una palabra porque la emoción no me dejó hablar. Tenía delante a Joseph Ferrer, de apodo Zamoreta, un torero sin demasiada fortuna en el arte del toreo que era nativo de Borriana pero que desde muy joven vivía en Castellón donde ocupaba un lugar privilegiado en la C.N.S. (Central Nacional Sindicalista). Dicen que la casualidad es la madre solícita de todas las circunstancias y en aquella ocasión así había sido. Después de contarle someramente todo lo que me había pasado desde que había llegado a Rusia le justifique mi presencia allí, es decir, le hablé del tema de la carta. Él me dijo que había tenido mucha suerte de encontrarlo allí porque aunque fuera portador de aquella carta personal en aquellos momentos las cosas no estaban para entretener al *heroico aviador* que era como llamaban a Goering en Alemania, porque todo iba mal y aquello estaba a punto de acabarse. Continuo diciéndome que la División había sido sentenciada a volver a casa sin demasiado ruido porque de ninguna manera Franco quería llegadas tumultuosas. El General Muñoz Grande, Esteban Infantes y otros no querían aceptar una retirada tan poco digna después de tanta sangre española como se había derramado por aquellas tierras. Según decía, en aquel mismo palacio él había visto llorar de rabia contenida a estos generales diciendo palabras muy fuertes contra *el gallego*, como llamaban a Franco. Me dio la sensación que mi amigo Pepe, falangista desde jovencito, había encontrado en mi la manera de desahogarse de todo lo que llevaba bien guardado en su interior desde hacía tiempo, y además, en su lengua materna!

No paraba de hablar y decía que la *Madre patria* se había convertido en una gran derrota y que los fusiles de nuestros compatriotas ahora los llevaban a la funerala en señal de derrota. Las palabras de Pepe me habían hecho pensar y por unos momentos estuve abstraído en mis pensamientos que en aquellos momentos no eran nada optimistas porque estaba pasándolo muy mal y no le encontraba sentido a nada. Él empezó a contarme con todos los detalles los motivos por los cuales en aquellos momentos estaba vestido con el uniforme de las S.S. En realidad lo que había pasado era que había llenado de fantasías su condición de torero, les había enseñado fotografías vestido con la indumentaria pertinente en algunas de las cuales estaba toreando en la plaza de toros de Castellón al lado de Clemente, *El niño*, de Borriana, Alvarito Moya, de Gironay otros en los festivales que tenían lugar los sábados. Todo eso, por absurdo o ingenuo que parezca, había sido un condicionamiento importante a la hora de ser elegido para formar parte de tan temible cuerpo especial dentro del ejército alemán, no le hizo falta ni tirar un solo tiro en el frente de batalla. Se había comprometido, una vez conseguida la victoria nazi, a brindar la muerte de una animalada de toros a cada una de las mujeres de los oficiales que allí había. Tuvo suerte porque la derrota de los alemanes lo salvó de ser acusado de mentiroso porque lo que él más había hecho había sido clavar banderillas y dar algún pase como peón de lucha. La imaginación de un valenciano en situaciones complicadas se hace fértil y crece casi sin medida.

Pepe me facilitó las cosas, pero aún así, no lo tuvo demasiado fácil. Estuve mas de dos horas en una habitación acompañado de una secretaria preciosa y de dos oficiales engalonados antes de que pasáramos al despacho de Goering. Llegó un momento en que uno de los oficiales me cogió del brazo como si yo fuera un invalido, y me puso delante de Goering, una de las personas de mas confianza de Hitler, además de ser un magnifico aviador. El despacho estaba decorado con unos grandes cortinajes y unos muebles suntuosos. El oficial me paró a siete u ocho metros de una imponente mesa de caoba negra llena de mapas, papeles, algunos aparatos de teléfono y un gran retrato de Hitler que con su mostacho parecía observarme despectivamente. El oficial que me acompañaba me dijo seriamente, en un correcto castellano, que no hablara hasta que no me autorizara el mariscal. Después de haberle entregado la carta del afamado médico Castroviejo quién, según había podido saber, se había encargado de curar de un proceso inflamatorio tanto a Goering como al mismo Hitler. Me quedé sorprendido cuando, después de leer el papel, salió de detrás de la mesa, por su gran estatura. Tanta emoción me traicionó y me dejó medio atontado y estuve a punto de desmayarme. Fue el oficial quién, muy seriamente, me despertó de aquella abstracción nerviosa que se había apoderado de mí. La expresión del mariscal fue del todo inexpresiva durante todo el tiempo que estuve allí, creo que no me miró ni un instante desde los gordos cristales de las gafas que llevaba. Cuando le pareció, levantó el brazo al estilo nazi pronunciando el habitual saludo del cual solo entendí la palabra Hitler y puso fin a la entrevista. Yo no dije ni pruna. Una vez fuera de aquel lugar me sentí orgulloso de haber sido capaz de acabar aquel encargo satisfactoriamente y de haber tenido la oportunidad de ver personalmente a aquel mariscal tan importante. Había interpretado un hecho histórico.

Después de conseguir la documentación en la oficina del mariscal Goering que garantizaba poder viajar desde Berlín a España por la ruta marcada, me despedí de Pepe Ferrer a quién bastante tiempo después volví a ver en Castellón. Con bastantes dificultades puede coger el tren rápido que, cruzando la vieja ciudad de Leipzig, tenía que trasladarme hasta Frankfurt desde donde tenía que hacer otro trasbordo. En la estación de Frankfurt la muchedumbre era impresionante, aquel lugar estaba todo lleno de soldados cargados con sus pesados equipajes que no paraban de circular de un lugar a otro con la desorientación y el nerviosismo reflejados en los ojos. En aquellos momentos el hambre que agujijoneaba el estómago y la debilidad se apoderaba de mí cuando me cargaba el saco reglamentario lleno de trastos y de ropa sucia, me sentía tan solo y tan lejos de los míos y de mi tierra!

En la madrugada siguiente, después de un viaje horroroso, llegué a la capital de Baviera, Munich. Este final de trayecto fue deslumbrante porque era como contemplar una conjunción espectacular, impresionante. Aquella era una estación de ferrocarril donde se juntaban y se cruzaban todos los trenes del estado y todos aquellos que llegaban a Alemania desde tierras lejanas, mis ojos nunca habían contemplado tan bella y grandiosa obra arquitectónica. Solo bajar del tren, aun embobado por aquel espectáculo, me di cuenta que una mujer mayor pero aun bella miraba con atención mi aspecto desastrado, el color enfermizo de mi cara y sobre todo el distintivo con la bandera española que llevaba en la manga. Con un indefinible español se dirigió a mí y con un hilo de voz emocionada me dijo que era viuda de un militar alemán muerto en España durante la guerra del 36. Después de informarse de quién era yo y donde iba me soltó de golpe, como un latigazo, que Hitler nunca ganaría la guerra. Yo no chisté. Una vez fuera de la estación, otra mujer más joven la besó afectuosamente. Ella le informó con pocas palabras de mi situación y con una sonrisa y un gesto agradable ambas me invitaron a subir al coche que una de ellas, la más joven, conducía. Yo acepté pero, como no estaba demasiado seguro de estar haciendo lo que debía, mi cuerpo temblaba de nerviosismo y podía notar como la sangre circulaba por mis venas. La mujer mas mayor, sentada a mi lado, parecía con ganas de satisfacerme sus ojos no dejaban de mirarme apasionadamente y eso en realidad me incomodaba un poco. Suerte que las dos mujeres empezaron a hablar cordialmente y eso relajó la situación. Según habían dicho en la presentación y en alguna traducción que me hacían en la mitad de su conversación incomprensible para mí, ellas eran hermanas y la que conducía era la mujer de un comerciante viejo y vivía en las afueras de la ciudad.

A través de los cristales de la pequeña cabina del coche pude contemplar la gran plaza de la estación así como los imponentes edificios que sombreaban las anchas avenidas llenas de un transito abrumador que parecía un hormiguero de vehículos a la búsqueda desesperado de su lugar de destino. En las calles abundaban los militares uniformados con esos característicos abrigos largos que daban el aspecto característico de los alemanes. El recuerdo que tengo de Munich es el de una ciudad enorme en la orilla del Izar, un afluente del Danubio. Era aquel un lugar ruidoso, lleno de fábricas de cerveza, de material de guerra y de hospitales, tres de los elementos indispensables para los soldados de entonces ya que las tropas llegaban allí

por tres motivos fundamentales; a la búsqueda de placer, a curarse de las heridas sufridas en el campo de batalla o a nutrirse de material bélico y de las herramientas del más sofisticado armamento de guerra del momento.

Llegamos a un pequeño chalet donde vivía la viuda. La hermana se despidió de mí y me deseó un buen viaje de regreso. Nos quedamos los dos solos en aquella casa. Aquella mujer me hizo quitarme toda la ropa y con una expresión rara, que yo al principio no sabía interpretar, me puso bajo el chorro del agua caliente de la ducha y empezó a frotarme todo el cuerpo como si de un niño pequeño se tratara, llegando incluso a mis rincones más íntimos y mientras me lavaba, poco maternalmente, todo sea dicho de paso, decía que todos los jóvenes eran enviados al matadero de la guerra como si de animales se tratara, que aquí solo quedaban los viejos, los cobardes, los encubiertos o los tarados y que todos estos eran los que al fin y al cabo estaban disfrutando de las mujeres. Decía que hacer la guerra significaba condenar a un pueblo a la degradación más absoluta. Yo estaba totalmente de acuerdo, por lo menos con aquella última frase. Aquella no fue una noche de amor pero si de placer.

Después de un largo y pesado día en tren, desde Munich, capital de Baviera pasamos por Stuttgart y cruzando la frontera francesa siempre interrogado previa la justificación de la correspondiente documentación penetramos en España por Perpiñán hasta Girona con el fin de ser trasladado hasta Barcelona en donde tenía que coger el tren a Valencia que pasaba por Castellón.

El día de mi llegada a Castellón, confluían la claridad mediterránea y el silencio. Las calles estaban todas desiertas. Sobre mí gravitaba toda una larga hilera de turbulentos recuerdos, anhelos, que me acudían al pensamiento como el humo de una hoguera de verde leña, como los cuervos de la noche que chupan los deshechos... buscaba una cosa más definida huyendo de la amargura y de los sufrimientos de una espantosa guerra. Adolescencia llena de angustias, dolores e incomprensiones, una adolescencia que ya desde niño sentiría en mi interior la ausencia de todo aquello que normalmente necesita con delirio cualquier niño, paz, felicidad y mucho amor. Si la miseria y la desesperanza nutren al dolor, siempre queda en nuestros corazones una sensación que nunca es amarga ... ¿Puede ser dulce?.

Debían de ser las doce de la noche cuando el abrazo de mi madre me mojaba toda la cara de lágrimas; lágrimas que resbalaban desde unos ojos cansados de sufrir tanto. Entonces era feliz, por fin podía contemplar mis noches, aquellas noches de luna llena redonda y de estrellas rutilantes y podía escuchar, pensativo, el habla del tiempo, siempre plácido, de mi tierra. Mis labios de cuando en cuando dibujaban una sonrisa melancólica y amarga al mismo tiempo que quería decir que después de tanto tiempo había madurado personalmente, pero, a que precio! Mas tarde un papel mecanografiado en tono oficialista sería la única huella de todo aquello, la distinción con *La Cruz de Invierno por la Campaña de Rusia*. Una triste historia escondida detrás de un escueto papel escrito, sin ningún contenido humano, era todo lo que me quedaba después de aquella aventura.

Yo no era un héroe, solo era un ser vehemente, soñador, idealista que siempre iba dando un pedazo de mi vida a favor de un hecho o circunstancia que yo creía era merecedor de ello.

Volver a empezar

(...)

Yo observaba mi vida y no paraba de preguntarme que sentido había tenido ir a Rusia a defender todo lo que pregonaban los de siempre desde sus cómodos despachos. Una noche en la que estaba especialmente nervioso, casi diría que desesperado, rompí y quemé todos los papeles que guardaba desde la llegada de Rusia y que me vinculaban allí, hice desaparecer todo aquello que hasta entonces me había unido a aquella aventura, no quería saber nada más! Era muy triste darse cuenta que las personas que habían conseguido sobrevivir a aquel matadero, no sé si todas pero yo si, nos encontrábamos nuevamente en el mismo sitio del cual habíamos salido como héroes pero en peor situación. Ahora estaba condenado a contemplar sin otro remedio la soledad ahogadora y angustiosa que me ofrecía una vida mutilada y el menosprecio, el insulto o, lo que es peor, la más absoluta indiferencia. Todo lo rompí, todo lo quemé!

Quedé liberado después de aquel acto crematorio pero también es cierto que burocráticamente todo se me complicó un poco más, si es que eso era posible. De hecho, cuando, bajo el estandarte de la esperanza, intenté encaminar mi vida, necesité Dios y ayuda para poder demostrar mi vinculación con la División Azul. Mi horizonte laboral se aclaró cuando, ya casado, pude aprobar unos exámenes gracias a los cuales ingresé en el Cuerpo de la Policía Municipal de Castellón donde en el año 1952 fui condecorado con la Cruz de la Orden Civil de Beneficencia por el salvamento de dos niños que se estaban ahogando en la Playa del Pinar de Castellón.

(...)

(Traducción de Lidón Vaquer, corrección del autor)